



**Haroldo
Conti**

Sudeste

emecé

Haroldo Conti

Sudeste

emecé | Biblioteca Haroldo Conti

Entre el Pajarito y el río abierto, curvándose bruscamente hacia el norte, primero más y más angosto, casi hasta la mitad, luego abriéndose y contorneándose suavemente hasta la desembocadura, serpea, oculto en las primeras islas, el arroyo Anguilas. Después de la última curva, el río abierto aparece de pronto, rizado por el viento. A pesar de su inmensidad, allí las aguas son muy poco profundas. Desde la desembocadura del San Antonio hasta la desembocadura del Luján es todo un banco. El Anguilas vuelca en la mitad de ese banco, entre una llanura de juncos. Según se mire, el paraje resulta desolado y en un día gris, de mucho viento, sobrecoge a cualquiera.

Muy a la izquierda asoma oscura y silenciosa, como un navío, la isla Santa Mónica. Muy a la derecha, perdiéndose en una lejanía azulada, la costa. En un día claro se alcanza a ver, hacia el sur, los planos blancos y grises, como bastidores, de los edificios más altos de Buenos Aires, bajo la constante opresión de una nube gris.

Durante la bajante emerge parte del banco, y, al término de ella, la tierra firme parece haberse extendido, simulando nuevos arroyos las aguadas que atraviesan la llanura de junco. Algunos pescadores se aventuran sobre esta nueva tierra, húmeda y desolada, pero si no colocan encima de ella los enjaretados de los botes, se hunden casi hasta las rodillas.

Las últimas cartas señalan la desembocadura del Anguilas con la silueta de un pez, para indicar que allí abunda la pesca, pero esto es bien relativo. Por lo demás, no hay nada más tonto que tomar en cuenta estas referencias. Si durante la semana, por las noches, algunos pescadores atraviesan allí sus redes, se debe más bien al hecho de que se trata de un paraje muy poco frecuentado durante ese tiempo. Esta maldita costumbre los ha hecho sentirse dueños del lugar y el desprevenido que se monta sobre la relinga corre peligro de que le hundan el bote a tiros. Cierta vez, el Polo tuvo que abrirse camino disparando sobre ambas márgenes, y hacia los juncos, con aquella vieja escopeta inglesa fabricada por Purdey en 1903, con cañones de acero recortados, y que utilizaba para ocasiones por el estilo. Arrastró las redes sobre el mismo banco, aprovechando una crecida, y una vez en el río abierto las izó a bordo. Algo después las vendió en San Fernando. Pero esto es historia vieja. El Polo hace tiempo que desapareció. Los tipos están todavía allí y durante la semana, por las noches, atraviesan la red.

Trabajó con el viejo casi hasta la primavera. Hacía nueve años que el viejo vivía en el Anguilas y siete que procuraba vivir del junco. En el 48 bajó desde el Romero, donde, hasta entonces, desde el 34, se dedicaba a la manzana. En el 47 zozobró la *Elbita*, una chata frutera de seis toneladas, y se ahogó el único hijo que había quedado con ellos. De manera que en el 48, ya demasiado viejo, bajó al Anguilas con el bote de la *Elbita*. Hizo dos viajes. Uno con las cosas y otro con la vieja y Urbano, el perro, y dos o tres gallinitas. Ocuparon una de las tres chozas vacías, la más próxima a la desembocadura, en el punto donde empalma con el Anguilas ese arroyito ciego que muere un poco más allá, y que los que no conocen el paraje toman generalmente por la continuación del Anguilas. Él mismo se había confundido, cuando bajó en el 48.

La choza era de dos piezas o, mejor, una sola pieza dividida por un tabique de barro. Con los años, el viejo le agregó dos piezas más y una letrina, ubicada al fondo. El tiempo uniformó el conjunto haciendo de él una sola masa abultada y oscura, con dos o tres boquetes más oscuros todavía. La base era muy alta y bastante mal trabada, con algunos travesaños podridos. Poco a poco fue cediendo de un lado, el más débil, de manera que la choza se recostó blandamente en ese sentido.

La angostura del arroyo en ese punto le impedía colocar un muelle. De todas maneras, resultaba dudoso que el viejo lo hubiese colocado. En su lugar, afirmó a

la costa una escalera de sauce y amarró el bote de la *Elbita* a uno de los travesaños.

Todo el mundo sabe que el junco, cuanto más se corta, más crece. Cuando cortan muchos y estos muchos cortan demasiado, la plaza se abarrota y nadie da gran cosa por un galpón repleto de juncos. No existe nada más maldito ni miserable. Y, por desgracia, en estas islas parece vivir gente que no sabe hacer otra cosa.

El anteaño había sucedido algo por el estilo, de manera que al año siguiente, el pasado, nadie cortó junco, al menos nadie intentó venderlo.

Tampoco cortó el viejo y casi se muere de hambre. Pero resistió con dignidad alimentándose la mayor parte de esos días con bagres o, en el invierno, con el pejerrey, al que él llamaba *latterino* o *lattarina*, y que, después de todo, es un bocado de reyes.

De manera que al año siguiente, este último del viejo, el junco repuntó un poco.

No bien comenzó el corte, apareció el Boga y estuvieron trabajando juntos hasta ahora, al borde de la primavera.

En el año muerto, es decir, el anterior, el viejo había terminado de construir un refugio de sauce y paja que había comenzado tres años antes, cuando murió el Urbano. Era muy bajo y sin paredes, ubicado en una elevación del terreno, junto a un ceibo solitario. El viejo cavó el piso hasta una profundidad de medio metro y armó una especie de fogón en una de las esquinas. Se

metían allí al mediodía o cuando se desataba el mal tiempo. Comían un pedazo de tocino con galleta y tomaban mate. Algunas veces el Boga asaba los bagres que se habían enganchado en la línea, aunque prefería volver con ellos a la casa. Después dormían un rato. El viejo dormía sentado, apoyando la cabeza en las rodillas y los brazos rodeando las piernas.

Ni el viejo ni el Boga hablaban nunca más de lo necesario. Aunque se entendían a las mil maravillas. Los dos se internaban al amanecer en aquella soledad verde y rumorosa que se contoneaba blandamente a cada ráfaga de viento. Cada uno se abría camino por su lado, con los pies metidos en el agua. A veces el agua pasaba de las rodillas, pero ellos parecían insensibles a todo eso. Detrás de la barrera verde, hacia el río abierto, oían el murmullo del agua rodando incansable sobre el banco. El alarido lejano y lastimero de algún carau. El estrépito sofocado de alguna lancha, todavía más lejos. Las pulsaciones acompañadas del motor Diesel de los areneros, navegando por el canal. El hervor en las nubes de los Gloster, que atravesaban el cielo de un salto, perseguidos por su propio ruido.

El viejo era muy hábil, a pesar de la edad. Recogía los juncos extendidos para secar en lo más alto, en torno del refugio, con una rapidez increíble y hasta con cierta elegancia. Los recogía de un manotazo y con el mismo envión los sacudía y los gavillaba, atando cada gavilla con un junco, en el final del movimiento. El

Boga no era tan hábil ni parecía tan reconcentrado en un asunto que no justificaba un arte. Más bien se aburría un poco, aunque poseía una paciencia o, mejor, una indiferencia inagotable. De todo esto, lo que más le placía era contemplar desde el refugio la alfombra de juncos que habían desplegado pacientemente entre él y el viejo y que ahora brillaba oscuramente al sol, dando a aquel paraje desolado el aspecto de una isla tropical.

A su tiempo, el viejo dejaba el junco por la totora o la espadaña. La paja extendida sobre el suelo no hacía el mismo efecto que el junco, pero para el caso era lo mismo.

A veces traían con ellos al perro bayo, pero el viejo prefería dejarlo en la casa porque se internaba entre los juncos y ladraba constantemente, hasta que lo ponía de mal humor. De cualquier forma, el perro aparecía en alguna hora del día y comenzaba a ladrar. El viejo aguantaba un buen rato, como si no hubiese reparado en él. Luego se erguía de pronto, como un resorte, y le disparaba una puteada que parecía dar en el blanco. Ellos oían un ruido precipitado entre los juncos, que se alejaba hacia la casa. El viejo no sentía verdadero aprecio por este perro bayo, aunque le resultaba útil. La vieja, en cambio, prefería el bayo al Urbano.

Cuando le preguntó si le prestaba la escopeta de dos caños que había visto desde el primer día colgada cerca de la cabecera de la cama, el viejo lo miró a los ojos

y no dijo nada. Dos meses después, cuando se puede suponer que había olvidado el asunto, fue y descolgó la escopeta y la puso en el pasillo, contra la pared, al lado del Boga, que estaba recostado fumando uno de sus puchos. Desde ese día, el Boga subía al bote con la escopeta y mientras remaba la mantenía entre los pies, sobre el piso. Trabajaba en el junco con la escopeta siempre al alcance de la mano, colgada de una estaca con una horqueta, que enterraba en el barro. Cuando un carau, o cualquier otro pájaro que valiese la pena se paraba cerca de allí, él cogía la escopeta con solo alargar el brazo. El tiro resonaba bronco y lastimero, como si alguien hubiese golpeado aquella inmensidad. Rodando y rodando sobre la llanura ondulante y después sobre el agua y después sobre las islas más próximas. Una vez en la casa, echado sobre el piso de la galería, se entretenía limpiando y desarmando la escopeta con una minuciosidad agotadora. Era una escopeta belga, Pirlott y Fresart, para cartuchos calibre 12, de 65 mm. Habría dado cualquier cosa por aquella escopeta, pero comprendía que el viejo la apreciaba tanto como él. Lo que tal vez se atreviese a pedirle un día era esa navaja Sheffield que, entre otras cosas, empleaba para cortar los cigarros.

El viejo trabajaba descalzo, con un pantalón raído cortado un poco más abajo de las rodillas y dos sacos, uno encima del otro, sujetos con un cordón de hilo sisal. Él usaba una tricota de cuello alzado y un par de calzoncillos con la bragueta cosida. Era un trabajo

sucio y muy duro que los embrutecía poco a poco. La mayor parte de los días el viento zumbaba constantemente en torno de sus cabezas, como un enjambre de avispas, aturdiéndolos y rajando la piel de sus rostros.

Al caer la tarde, el Boga recogía las líneas y volvían a la casa, muertos de sueño y fastidio. Él se ponía un pantalón arriba de los calzoncillos, así como estaba, y se echaba en un rincón del pasillo. El viejo, en cambio, se lavaba con excesiva prolijidad, se ponía una camisa limpia de frisa, sin cuello, un par de pantalones enteros y el par de botas Pirelli. Luego se sentaba en la galería, partía un Avanti con la navaja Sheffield y fumaba pausadamente hasta la hora de la cena, con el perro bayo tendido cerca de él, observando el río, observando el cielo, observando la silenciosa entrada de la noche. La vieja encendía un farol.

El viejo se levantaba antes que el Boga, en el crepúsculo del alba. Él lo oía rondar por la casa (era la única vez que parecía realmente viejo), hasta que sus pasos lentos y pesados crecían en dirección a su cuarto. Descargaba un puntapié sobre la puerta y se volvía. Esta era la única expresión de su autoridad como patrón y el Boga lo tomaba por eso, porque en otro sentido resultaba perfectamente inútil. Lo sabían los dos. Él estaba despierto desde mucho antes y veía crecer la luz a través de las rendijas de la puerta y, en un punto, la luz y el puntapié coincidían.

Pero esa mañana, no mucho antes de la primavera, la luz rebasó ese punto sin que se oyera el puntapié ni

los pasos siquiera, lentos y pesados, de viejo, creciendo hacia su cuarto. Había oído los pasos muy amortiguados nada más que al alba. Y ahora no estaba seguro de haberlos oído. Después cesaron y solo creció la luz. Ahora era de día. Podía ver las formas indistintas de sus pies abriéndose en V. Y todavía permanecía tumbado, con los oídos alertas a su pesar, observando un agujerito en el techo que brillaba como una moneda.

Oyó el avión de las siete y media que venía desde el sur, como si rodara sobre el techo, y se levantó. Permaneció de pie en la penumbra, sintiendo que el silencio crecía desde el piso y anegaba el cuarto. Entonces salió al pasillo, alisándose el cabello con las manos.

El viejo estaba allí, en el otro extremo, sentado en la silla de juncos, con una manta sobre las piernas. Miraba hacia el río.

El Boga lo contempló desde el umbral con los ojos entornados, pero sin demostrar sorpresa. El perro bayo estaba echado cerca del viejo e irguió las orejas cuando lo sintió aproximarse. Penetró en la cocina, siempre a oscuras, de paredes cubiertas por sucesivas capas de hollín que despedían un rancio olor a humo, presintió a la vieja en algún rincón, observándolos a él y al viejo y, más allá, al río. El resplandor rojizo que brotaba del fogón hacía oscilar las sombras con un bamboleo desacompañado. La vieja había dejado la pava sobre la cocina económica, no exactamente sobre la hornalla sino bien a un lado de manera que el agua no hirviese, y el mate ya preparado sobre la tapa de la pava vuelta

hacia arriba. Esto era cosa de todos los días. Sacó una galleta de la bolsa que colgaba de la pared y se la metió debajo de la tricota. Luego salió al pasillo con la pava y el mate y se echó en el suelo.

Veía el rostro del viejo, flaco y enjuto, con la barba un poco crecida, como colgando del borde del alero.

El Boga arrojó un pedazo de galleta al perro bayo, pero el perro la olió y siguió durmiendo.

—Ese junco ya debe estar seco —dijo el viejo—. Se puede recoger hoy, en lo que queda del día.

Desde el pasillo, se oía el sordo rumor del fuego alborotado por la succión de la chimenea.

—Bueno...

—Se puede recoger hoy y llevar mañana a San Fernando.

—Bueno...

—De paso, vas a traer algunas cosas que hacen falta.

—Bueno...

Oyeron una lancha a lo lejos.

—Las nueve.

—¡Mierda!

—Es mejor que vayas.

El Boga se levantó.

—¿Qué pasa con usted, viejo?

—Yo no voy... no... —hizo un ademán de fastidio—. Mejor que vayas.

—Bueno...

Cuando bajaba la escalera, se volvió brevemente e hizo sonar los dedos. El perro bayo se levantó, sin

transición ninguna entre el completo reposo y la completa movilidad, y saltó al bote antes que él.

Recogió el junco y mató dos gallinetas cerca del banco y regresó al atardecer.

El viejo estaba todavía allí en el pasillo, con la manta sobre las piernas, y había oído al perro ladrando a lo lejos la mayor parte del tiempo, hasta que sonaron los disparos.

El Boga pasó delante de él, hacia la cocina, y dijo:

—Hoy estuvieron por ahí esos mierda de la red.

—¡Me cago en ellos!

—Y el viejo Bastos.

—¿Qué dijo que no me vio?

—No dijo nada.

El viejo se quedó pensando. El Boga entró en la cocina y alargó las gallinetas hacia el rincón donde presintió que estaba la vieja.

—¿Y los juncos? —preguntó el viejo.

—Ya está.

El viejo se volvió a sumir en sus pensamientos. Entre otras cosas, lo atormentaba lo que hubiese podido decir ese piojoso del Bastos.

La vieja había salido de las sombras y estaba inclinada delante de la cocina económica. El Boga la tocó en un hombro y cuando se volvió le hizo un ademán señalando al viejo.

—Dice que se va a morir —dijo la vieja encogiéndose de hombros.

El Boga frunció el ceño.

—Eso dice ahora.

El Boga se encogió de hombros a su vez y salió al pasillo. Parecía de lo más divertido.

—Viejo, ¿por qué no se deja de joder? —dijo, encarándolo con una risita que le brotaba desde muy adentro.

—Es la verdad —dijo el viejo en un tono seco.

—¿De dónde sacó eso?

—Yo sé lo que digo.

—¡No me haga reír!

—Yo me muero, hijo... lo creas o no.

El Boga se turbó un poco.

—Ya se le va a pasar... lo que sea... yo no veo nada.

—No tiene nada que pasar... ahora voy a morirme... eso es todo...

El Boga alzó los hombros.

—Como quiera.

Al día siguiente llevó los juncos a San Fernando. Esto era cosa del viejo, pero como ahora estaba ocupado en morirse tenía por fuerza que hacerlo él. Antes simplemente cargaba los atados y acompañaba al viejo. Resultaba un trabajo complicado acomodar todo en la chata del sordo Angarita, pero al final lo hacían. El viejo se vestía como para sentarse en el pasillo, con

la camisa de frisa limpia y además un chaleco negro y un pañuelo del mismo color atado al cuello y un chambergo negro y aludo, de copa alta y redonda, que se lo embutía bien derecho, y un reloj de bolsillo con una gruesa cadena de plata. Él se metía un gabán y los pantalones largos y un par de botas Pirelli como las del viejo, pero con dos parches rojos. Él timoneaba de ida y el viejo insistía en timonear de vuelta. Mientras el viejo se ocupaba de la venta y de algunas otras cosas, él rondaba por el pueblo y, a veces, iba hasta lo de la Pona y se acostaba por quince pesos con ella o con alguna de las dos hijas, según cuál de las tres estuviese en ese momento.

Ahora hacía todo eso él solo, lo del viejo y lo de él, con lo que se complicaban demasiado las cosas.

A los pocos días apareció el viejo Bastos. Era de esperar. Anduvo rondando por el banco con su bote medio podrido y la caña de pescar.

—¿Qué quiere ese? —había dicho el viejo por decir.

El viejo Bastos era el único amigo que tenía, aunque en apariencia parecían odiarse a muerte. No había vez que no terminasen discutiendo como energúmenos y en una ocasión el viejo le disparó las dos cargas de la escopeta muy por encima de la cabeza.

El Bastos vivió un tiempo sobre el Pajarito (el Canal Nuevo, propiamente dicho), entre el Pacú y el Anguillas, pero tres años atrás se había mudado al Anguillas,

en la parte más angosta. Vivía solo desde que se ahogó en los bancos el Cabecita, un idiota que había recogido en el Antequera, en la creciente del 40, cuando lo vio venir por el medio del río aferrado a una canoa semihundida. Nunca supo nadie de dónde había salido este Cabecita. Ni se preocuparon mucho. Desde que desapareció, pues, vivía solo con los dos perros manchados, que se caían de flacos.

Oyeron en la tardecita los chillidos lastimeros de los toletes, desde mucho antes que el bote apareciera. Subían y bajaban en el silencio adormecido con una cadencia exasperada. El Boga había llegado un momento antes y, cuando se echó en el pasillo, el viejo Bastos venía cojeando por el caminito de cascotes. Se detuvo al pie de la escalera y miró al viejo por debajo del ala del chambergo. Dijo:

—¡Hola!

—¡Hola!

—¿Qué estás haciendo ahí, sentado como un viejo?

—Soy un viejo.

—Es la primera vez que lo oigo.

—No es necesario que lo oigas.

El viejo Bastos se rascó detrás de la oreja y escupió lejos.

—Bueno, bueno... ¿Qué es lo que estás haciendo?

—Ya lo ves.

—Veo que estás sentado.

—Pues eso.

—No es mucho decir.

—Yo hago lo que me canta el culo. ¿No es así?

—Me parece bien.

El Bastos comenzó a trepar la escalera.

—Yo no veo que le importe a nadie —dijo el viejo echándose un poco hacia adelante, como si fuera a brincar.

—Ya veo que no se puede hablar con este Cristo —dijo el Bastos.

—No me digas Cristo.

—Es un decir. No veo en eso nada de malo.

—¡Yo, sí!...

En ese momento se asomó la vieja y miró al Bastos.

—Yo he preguntado qué estás haciendo, nada más.

—¡No me vengas ahora con eso! —chilló el viejo volviendo la cabeza a un lado.

—¿Qué está haciendo este ahí sentado? —preguntó el Bastos a la vieja.

—Dice que se está muriendo.

El Bastos observó al viejo y frunció el ceño. Parecía más bien preocupado.

—Es capaz de hacerlo, de puro jodido —dijo al fin, rascándose detrás de la oreja.

El río se extiende ancho y silencioso, y sobre los bancos parece más desolado.

Trabajó todo este tiempo sin más compañía que la ocasional del perro bayo. Se internaba en los juncos algo después del amanecer y, la mayoría de las veces,

ni siquiera regresaba al mediodía para echarse un rato en el refugio. Cuando el agua estaba baja armaba un lecho de juncos y se extendía encima una media hora. Cuando estaba alta, generalmente volvía al refugio o apenas se detenía para mascar un pedazo de galleta y tocino y fumar el pucho más largo que encontraba rebuscando en los bolsillos.

El viento ondulaba la superficie del río, y por encima del río, aquel inconstante mar verde en medio del cual se afanaba. Oía el silbido enroscándose en torno suyo, como una serpiente. Y luego las palpitaciones de aquella enorme soledad. Él se movía transportando consigo aquel mundo, dondequiera que fuese. El viento había ajado sus manos y su rostro, de piel tensa y curtida. La lejanía vació sus ojos y la soledad lo tornó abstraído y mustio.

El zumbido de los aviones crece y decrece sobre su cabeza desde un extremo a otro extremo del cielo. Y después el silencio. El motor de una lancha ruge con desesperación, muy a lo lejos, burlado por la distancia. Un pájaro oscuro remonta el vuelo con un chillido desolado. Ahora oye los ladridos del perro, increíblemente iguales y tristes. Cuando calla, por fin, le palpitan los oídos. Más cerca está el roce constante del junco y el barro que gorgotea debajo de sus pies. Los opacos y parejos estampidos de las chatas areneras, surcando el canal, producen una cálida sensación de bonanza.